

RECUERDO EL MAR...
A 30 AÑOS DEL 2 DE ABRIL DE 1982.

Ni oda épica ni nostalgias de caduco. Quisiera dedicarles esta crónica que tiene que ver con mis tribulaciones veinteañeras de aquellos días de la guerra de las Malvinas, suceso que produjo un quiebre en la situación política del país.

Por esos tiempos vivía yo en Mar del Plata y gustaba de usufructuar la profesión de periodista, aunque había renunciado a la editorial para la que trabajaba y encaraba con otros irresponsables de mi edad, la utopía de editar una revista propia (cosa que hicimos... 5 números duró) y encaraba el examen de ingreso a la facultad de derecho.

Unos meses antes se había iniciado una fantochada que auguraba un resquicio para el reinicio de la actividad política y el consecuente regreso a la vida republicana... sin embargo nuestro anteúltimo centurión de facto, el general Leopoldo Fortunato Galtieri, quien había “enfermado” a su antecesor el general Roberto Eduardo Viola, había afirmado que *las urnas estaban bien guardadas*...desde Perú, un abogado defensor de los Derechos Humanos y militante del radicalismo, Raúl Alfonsín, le contestaba que *las vayan desempolvando porque las vamos a llenar de votos*.

Recuerdo el mar...era un lindo mediodía de sol sin viento...pero aquel 31 de marzo de 1982 el océano no era el mismo; estaba inquieto y revolucionado delante de mí cuando llegaron Antonio y Nancy para pedirme que fuésemos juntos a la marcha de la CGT: *dale nene, no te vas a hacer peronista por ir*, me dijeron; nada de eso pensé...yo quería participar del primer acto de repudio contra la dictadura militar.

Caímos en la concentración alrededor de las 5 de la tarde y llevo en mis oídos grabado el sonido de los cantos...*se va a acabar...se va acabar...la dictadura militar*, también el *que tarados*, de una chiquita plástica de unos veinticinco años que nos cruzó.

La infantería estaba delante de nosotros. Había como un tufillo raro en el ambiente; todos sabíamos que regía el estado de sitio y estaba cercenado el derecho de reunión, por lo que no se podían juntar mas de tres personas en la calle (tal cual como se los cuento). Miré hacia un costado y divisé al cronista de la agencia DyN, el vasco Telechea, ataviado con ropa informal y zapatillas en sus pies; *mmmmmm*, me dije y me crucé a hablar con él... *rajate pibe porque va a haber kilombo*, me dijo a las apuradas buscando un lugar con su fotógrafo, en donde salir indemne de la refriega que se venía.

Y se vino nomás. Los manifestantes novatos, que éramos la mayoría, no sabíamos para donde movernos cuando los policías (que en esa época se vestían con uniformes iguales a los del ejército pero de color celeste) se abalanzaron a palazo limpio, escopetazo de goma a quemarropa y lluvia de gases... atrás amenazaba el camión hidrante.

Corrí como un rayo y a los pocos metros me tropecé con alguien que se había caído al piso; era una mujer...le extendí ambos brazos cuando ya la turba en fuga la iba a aplastar y me zambullí en aquellos ojos negros, de quién unos meses después sería mi primera mujer; como sea huimos...pero ya no me cupieron dudas que había que comenzar la lucha organizada y pacífica contra el ejército de ocupación que nos oprimía.

Pero...Galtieri se nos adelantó e invadió las Malvinas el 2 de abril. Todo el mundo salió a las calles con banderas argentinas, como si hubiésemos ganado un mundial, nadie, pero nadie recordaba los balazos de goma ni los palazos sufridos hacía apenas 48 hs. antes.

Ahora ya no había causa interna... la cuestión era unirse para luchar por una causa justa y nacional: LAS MALVINAS ARGENTINAS.

En esos días sentí mucha vergüenza por no estar bajo bandera ya que por un defecto en tengo en la vista, me vi exceptuado de hacer la colimba.

Recuerdo el mar...estaba muy revuelto...yo miraba el horizonte y pensaba en mis amigos de la misma edad que estaban embarcados en viaje hacia las islas...LO QUE HUBIESE DADO POR ESTAR EN SUS LUGARES!. Por eso fui a ver a un tal Suárez, que era jefe de defensa civil, para que me permitiera ir a Malvinas, como si ahí hubiese gente necesitada de ayuda (que boludo no?).

Dado los acontecimientos, no tardaron en llamarme de varias agencias de noticias para hacer suplencias... había que escribir y que mejor que un pibe representante de la “maravillosa juventud argentina”... no importaba si antes “pensaba feo”. Malvinas marcó el clímax de la dicotomía del “ser nacional”.

Empecé a escribir con la mente puesta en las islas y en la forma de llegar ahí aunque más no sea como corresponsal de guerra... pero vanos fueron mis intentos.

El tiempo pasó y llegamos al mes de mayo... los ingleses también llegaron y lo que era una lluvia de frases patrióticas se transformó en una realidad: cualquiera de nuestros seres queridos podía morir sobre la tundra malvinera.

Es así que aunque estábamos desbordados de orgullo, por el hecho que las baterías de la antiaérea de nuestra ciudad hubieran sido las primeras en abatir a un *Sea Harrier*, extramuros nos anoticiamos por algunos colimbas que volvían heridos en los Hércules,

de lo mal que los estaban pasando nuestros amigos por el incesante bombardeo nocturno que vomitaban los barcos de la *Royal Navy* en Puerto Argentino.

Poco a poco tomamos conciencia de la situación: había una guerra donde estaban el *ruso* Schwartzman y el *rata* Aguirre, entre otros pibes del barrio, por un lado y por otro, una ceguera nacional originada en la imperiosa necesidad de que algo bueno nos pasara.

Después vino la rendición... la siesta del borracho en la casa rosada... la llegada a escondidas de los soldaditos... la cobardía de muchos militares... la abdicación de la dictadura.

Recuerdo el mar... mi mirada de odio se reflejaba cada tarde de terapia frente a él; si bien todos mis amigos habían regresado sanos y salvos, no podía perdonarme por ser tan idiota y miope (ninguna alusión personal por favor) y mucho menos pensar en algún uniformado digno. Por otro lado llevaba en la piel un resentimiento casi cruel contra el “modo de vida argentino” cómplice de la “gesta heroica”.

Asistí a un sin número de conferencias sobre Malvinas armadas para justificar la decisión ética de la invasión (tales como la prescripción del derecho de soberanía sobre las islas); la inoperancia profesional de nuestros “cuadros” entrenados para la contrainsurgencia pero no para enfrentar a la OTAN; o para disimular la cobardía de muchos y la hidalguía de unos pocos.

Ante tanta miseria, me refugié en el rock nacional que se ponía de pie por aquellos días, de la mano de algunos resucitados como la “negra” Sosa, León Gieco, Charly (siempre está) y algunos que recién aparecían, como Cerati y su “Sosa Stereo”.

Es justo decirlo... los que rondábamos los 20 años en ese entonces pusimos todo; creímos en un cambio de mentalidad (la rata se ocuparía de poner los cerebros en sus lugares, pero esa también es otra historia) de la sociedad, quisimos tomar la causa de Malvinas como un hito que creara conciencia nacional y popular, sin que estos adjetivos significaran chauvinismos estúpidos.

Mentiría si niego que hasta el '87 fueron los años mas felices de mi vida como individuo socialmente considerado (hasta el *felices pascuas*, claro).

Luego me casé nuevamente, nació mi hija más grande, dejé el periodismo por mendaz y comercial y un día decidí encarar mis inspiraciones literarias más seriamente ya radicado en Buenos Aires; así nació *Las cuatro marcas*, un relato de ficción que toma a un piloto de Malvinas en combate como excusa para hablar de la hipocresía. Así con el pretexto de conocer ciertos aspectos de los *Mirage* y sus pilotos, realicé varias entrevistas con militares descubriendo historias de guerra que el *Establishment* se ocupaba bien de ocultar. Pero porqué se omitía mencionar a los verdaderos héroes de esos días; a los verdaderos soldados profesionales que fueron a morir por su bandera?

Recuerdo el mar... una de las tantas veces que volví a reencontrarme (o despedirme quizás) con mi ciudad, ya recibido de abogado, acompañado de mi esposa (está si es la última-última), comprendiendo que la historia se clarifica con el tiempo, exento de resentimientos infantiles, descubrí la historia del vicecomodoro Rodolfo De La Colina, quien fue derribado el 7 de junio de 1982 cuando piloteaba un avión ejecutivo desarmado que fotografiaba a la flota inglesa.

La vida quiso además, que hace unos tres años conociera a la hermana del fotógrafo que iba en ese avión derribado, el teniente

Lotufo y que se sorprendiera que yo conociese la historia y que además la difundiera.

Hoy recuerdo el mar llevando en su espuma la adrenalina de aquellos días; a Arturo Jauretche y su *Manual de Zonceras Argentinas*; recuerdo el comunicado 165 y las caras del “ruso” Schwartzman y del “rata” Aguirre cuando volvieron; a los ojos negros estirando sus brazos y a la muñeca plástica diciendo *tarado*.

Y recuerdo obvio, junto con el mar, a todos los que tenían sueños adolescentes y murieron hace 30 años.

Jorge Benavídez. (Que insiste siempre con recordar)